

que obliga a millones de mexicanos a recibir sueldos miserables. Medidas son estas que no dejan únicamente la explotación de las fuentes naturales, sino también la de las vidas de los asalariados, en manos de los extranjeros.

Y como un deber ineludible, fuera de las medidas inmediatas que deban tomarse para la solución momentánea de nuestro problema, es indispensable y urgente ahondar la investigación: llegar hasta sus raíces para no dejar esa carga a las generaciones del futuro. El engrandecimiento de los pueblos debe vislumbrarse desde lejos para poder poner las verdaderas bases que violenten la victoria definitiva de la justicia social.

Somos el juguete del régimen económico cuyo establecimiento permitimos. La solución más acertada y profunda es la de abreviar el cambio de este régimen absurdo. ¿Por qué si el producto es hijo del esfuerzo social y colectivo permitimos su acaparamiento y que no se derrame equitativamente? ¿Cómo es que si las sociedades modernas no pueden subsistir dentro del viejo régimen económico—porque así nos lo demuestran diariamente los hechos—los medios de producción, de cambio y de consumo, se mantienen y tratan de sostenerse dentro del sistema clásico individualista?

Apartados de las violencias de la lucha de clases, contamos con el cooperativismo, que día a día va minando la vida de la sociedad capitalista, paralelamente al desenvolvimiento que la está llevando al fracaso. Por este medio, entre otros, lograremos el cambio del régimen individualista que nos desorganiza y procuraremos el establecimiento de un nuevo sistema económico nacional, protector de los millones de hombres que habitan el territorio, y de la soberanía del país.

Podría afirmarse que es una utopía la transformación social que el cooperativismo opera; pero a esto, los datos de la estadística responden elocuentes. Según los cuadros del profesor alemán Staudinger, publicados en su libro "Cooperativas de Consumo", el mo-

vimiento arroja en los distintos países europeos las siguientes cifras: en Alemania existían hasta 1927, 2.300 cooperativas con un número de socios de 2.909.969; en Inglaterra e Irlanda hasta 1926, 1.407 sociedades, con 5.229.703 socios; en Francia, hasta 1926, existían 1.573 sociedades, con 2.750.000 socios; en Suiza, hasta 1927, existían 882 sociedades más 515 afiliadas con 351.997 socios; en Suecia, hasta 1927, había 893 sociedades, con 366.000 socios, y en Dinamarca, hasta 1927, 1.802 cooperativas, con 323.500 socios.

Deliberadamente se exponen al último los datos correspondientes a Rusia, antes de haberse puesto en práctica el Plan Quinquenal de Industrialización. V. A. Tikhomirov, en su categoría de Comisario de los Negocios Comerciales, nos dice en un folleto publicado con el nombre de "La cooperación en marcha al socialismo", que "la cooperación soviética se preocupa de hacer la educación cooperativa de la nueva generación, que debe ser preparada a tomar una parte activa en el trabajo práctico", y como complemento de su interesantísima exposición, nos proporciona en números los adelantos de este movimiento. Hasta el año de 1926 existían en total 107.151 sociedades, con una población de 20.833.613 socios.

En el trabajo de colectivización, una de las ramas que más han sido favorecidas por el sistema cooperativo es la del transporte. Las cooperativas de transporte son el canal por el que salen las mercancías producidas por la industria del Estado.

Solamente las cooperativas agrícolas tenían, en 1928, un número de 128.200 miembros, que habían comprado más de 500.000 hectáreas de cereales seleccionados, y poseen actualmente 20.000 empresas diversas para la transformación de sus productos; y las de consumo, en 1926-27, eran 28.656 con 11.462.000 socios. Según el Plan Quinquenal serán invertidos en la cooperación agrícola más de 600 millones de rublos para el desarrollo de la industria agrícola cooperativa.

Sirva esta breve reseña para comprender y medir los alcances de este